



CAPÍTULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

POCO trecho se había alongado Don Quijote del lugar de Don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros.

El uno de los estudiantes traía como en portamanteo, en un lienzo de bocací verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellaje; el otro no traía otra cosa que dos espadas negras, de esgrima, nuevas y con sus zapatillas.

Los labradores traían otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande donde las habían comprado, y las llevaban á su aldea: y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veían á Don Quijote, y morían por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres.

Saludóles Don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era y su oficio y profesión, que era el de caballero andante que iba á buscar las aventuras en todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba de nombre propio Don Quijote de la Mancha, y por el apelativo el Caballero de los Leones.

Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en jergonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quijote; pero con todo eso le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo:

—Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no les suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle Don Quijote si eran de algún príncipe que así las ponderaba.

—No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico; ella de diez y ocho años y él de veintidós, ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quebras.

En efecto, el tal Camacho es liberal, y hácele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo.

Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos, pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despachado Basilio.

Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared enmedio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los niños Basilio y Quiteria.

Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar á Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si va á decir las verdades sin envidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo juega una espada como el más pintado.

—Por esa sola gracia, dijo á esta sazón Don Quijote, merecía ese mancebo no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Jinebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran.

—A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refrán que dice: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen peso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren.

—Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitárase la elección y jurisdicción á los padres de casar sus hijos con quién y cuando deben: y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín: que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado; y el del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda

la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuelve, ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida, es un lazo, que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no lo estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó Don Quijote:

De todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reír ni hablar razón concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto: mira de



cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tenemos todos los que le conocemos que el dar el "sí" mañana la hermosa Quiteria ha de ser la sentencia de su muerte.

—Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo á un mismo punto: tal se acuesta sano á la noche, que no se puede mover otro día. Y díganme, ¿por ventura habrá quién se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la mujer no me atrevería yo á poner una punta de alfiler, porque no cabría: dénme á mi que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, según yo he oído decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas.

—¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito? dijo Don Quijote; que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas ni de otra cosa ninguna?

—¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mío, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos.

—Fiscal has de decir, dijo Don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda.

—No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Si que, válgame Dios, no hay para que obligar al sayagüés á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto de hablar polido.

—Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los

que se crían en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje que se acompaña con el uso.

Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones en Salamanca, y pícome algún tanto de decir mi razón con palabras claras y llanas y significantes.

—Si no os picáredes más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos llevarédes el primero en licencias, como llevasteis cola.

—Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estáis en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada teniéndola por vana.

—Para mí no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si queréis que os lo muestre con la experiencia, espada traéis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros círculos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de hacerlos ver estrellas á mediodía con mi destreza moderna y zafia, con quien esperé después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo á quien yo no le haga perder tierra.

—En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavádeses el pie, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedádeses muerto por la despreciada destreza.

—Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo.

—No ha de ser así, dijo á este instante Don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado con gentil donaire de cuerpo y compás de pies se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos.

Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo eran sin número, más espesas que hígado, y más menudas que granizo. Arremetía como un león irritado, pero salíale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenía, y se la hacía besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse.

Finalmente, el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tirar los faldamentos como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia asíó la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de sí casi tres cuartas de legua, el cual testimonio sirve y ha servido para que se conozca y vea con toda verdad cómo la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo:

—Mia fe, señor bachiller, si vuesa merced toma mi consejo, de aquí adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quién llaman diestros, he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

—Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho, y así determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran.

En lo que faltaba del camino les fué contando el licenciado las excelencias de la espada con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reducido de su pertinacia.

Era anochecido, pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albos, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendía el viento, que entonces no soplaban sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles.

Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros can-

tando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecía sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento.

Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro día las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio.

No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que había tenido en el castillo ó casa de Don Diego.



CAPÍTULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

APENAS la blanca aurora había dado lugar á aquel luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aún todavía roncaba: lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

—Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre el haz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamientos! Duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores.

Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir á la tierra con el conveniente rocío no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

A todo esto no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo:

—De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor hartos más de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

—Acaba, glotón, dijo Don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdenado Basilio.

—Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casarse con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo.

Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio, y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desear las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna.

Habilidades y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinro.

—Por quien Dios es, Sancho, dijo á esa sazón Don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejases seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaría tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarías en hablar.

—Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debírase acordar de los capítulos de nuestro concierto antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta ahora me parece que no he contravenido contra el tal capítulo.

—Yo no me acuerdo, Sancho, respondió Don Quijote, de tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oímos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde.

Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada.

Lo primero que se le ofreció á la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la comuña turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una, cabía un rastro de carne: así envebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase.

Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos: así había rimeros de pan blanquísimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servían de freír cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullían en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba.

Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones que cosidos por encima servían de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecía haberlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca.

Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podía sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomara de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques y últimamente las frutas de sartén, si es que se podían llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con cortes y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero le respondió:

—Hermano, este día no es de aquellos sobre quien tiene jurisdicción la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por